



Robert Clement/EFE

Día 21 de marzo, Crimea firma su anexión a Rusia. Arriba, un joven reza en la plaza Maidan de la capital de Ucrania, Kiev, tras conocer la noticia. Abajo, un soldado del Ejército ucraniano de la Flota del Mar Negro en Crimea abandona su base tomada por soldados rusos.



Anton Pezko/EFE

El envite de CRIMEA

La anexión por Rusia de la península ucraniana levanta las alarmas y replantea la estrategia internacional para evitar nuevas acciones de Moscú

LA partida está sobre el tapete. Hoy por hoy, Rusia ha ganado Crimea. Pero ha perdido definitivamente Ucrania y la confianza de Occidente. Y despertado recelos entre sus vecinos al invocar fantasmas de guerras pasadas y tintes imperialistas que se creían enterrados. Vladimir Putin ha retado al mundo con un *modus operandi* nacionalista y agresivo que ha violado normas internacionales y acuerdos bilaterales que dejan a la ONU, Europa y Estados Unidos irritados y un tanto impotentes. El mensaje de la comunidad internacional ha sido alto y claro: las fronteras son inviolables. Por el momento, el uso de la fuerza parece descartado pero tampoco se puede dejar impune una acción como la que ha llevado a Putin a anexionarse Crimea con el respaldo de un referéndum celebrado el pasado 16 de marzo que es, cuando menos, improvisado, no reconocido por la ONU, contrario a la Constitución de Ucrania y coaccionado por el despliegue en esa península de 30.000 soldados rusos. Sobre todo porque los fantasmas siguen ahí y se mantienen los indicios que hacen temer nuevas acciones de Moscú para agitar revueltas en la zona prorusa del este de Ucrania y consolidar su influencia en otros territorios rusófonos como el Transdniéster en Moldavia.

Desde que se inició la crisis, la Alianza Atlántica ha insistido en que el territorio de la OTAN es intocable y cualquier atisbo de intimidación en el área euroatlántica supondría la activación del artículo 5 en estricta defensa de sus miembros. «Debemos asegurar una mayor presencia en los países más vulnerables», afirmó Barack Obama ante los líderes europeos tras la cumbre Estados Unidos-Unión Europea celebrada el pasado 26 de marzo en Bruselas. Ese mismo día, el secretario general de la Alianza Atlántica, Anders Fogh Rasmussen, emitió un comunicado en el que aseguraba que se iban a poner en marcha «medidas adicionales para reforzar la defensa colectiva», incluyendo «planes de defensa actualizados y más desarrollados, ejercicios reforzados y despliegues apropiados» en las zonas de tensión, fundamentalmente Polonia, los Países Bálticos y Ru-

manía. Pocas horas después, la Alianza amplió el número de *F-16* desplegados para reforzar la seguridad en su frontera oriental (en concreto, hay seis enviados por Dinamarca, ocho de Reino Unido y veinte estadounidenses). Además, hace semanas que varios aviones de vigilancia *AWACS* sobrevuelan Polonia y Rumanía.

Al mismo tiempo, las ofertas al diálogo se han mantenido sobre la mesa. Horas antes de la celebración del referéndum secesionista, el secretario de Estado norteamericano, John Kerry, le hizo llegar a su homólogo ruso una propuesta de negociación para buscar una salida política. Las llamadas telefónicas a Vladimir Putin de Barack Obama, los principales líderes europeos o el secretario general de la ONU se sucedieron sin éxito. Sin embargo, y en un movimiento de ficha un tanto inesperado (y que despertó lógicos recelos) el día 29 de marzo Putin telefoneó a Obama y le dijo que estaba dispuesto a negociar. Parece más un golpe de efecto que otra cosa y Obama le dejó claro que la solución diplomática «sólo es posible si Rusia retira sus tropas y no da más pasos que puedan violar la integridad territorial y la soberanía ucranias». El presidente estadounidense también ha insistido en el apoyo de su país a Ucrania. Pase lo que pase en los próximos meses lo que

*El referéndum
de Crimea no ha
sido reconocido
por las Naciones
Unidas*

sí parece obvio es que, como ya se entrevió en la imposibilidad de conseguir una resolución del Consejo de Seguridad en Siria, las aspiraciones de construir un nuevo orden mundial basado en el consenso han saltado en pedazos y se impone la *real politik*. Como lo describía gráficamente el ministro de Exteriores de Lituania «en la crisis de Crimea unos estaban jugando fútbol, con sus reglas, y resultó que el otro equipo estaba jugando una mezcla de rugby y lucha libre». Algunos analistas califican lo que está ocurriendo como una nueva Guerra Fría en la que la amenaza nuclear y la garantía de no agresión por la destrucción mutua se ha sustituido por una nueva disuasión: por un lado, el incontestable y lógico recelo a iniciar una confrontación bélica y, por otro, la interconexión económica que condiciona las represalias y la aplicación de las jurisdicción internacional.

Moscú necesita a Europa: Rusia es el tercer socio comercial de la UE y más de la mitad de sus exportaciones se dirigen a los países comunitarios. Pero, sin duda, la dependencia europea del gas ruso es evidente: una cuarta parte de la energía consumida por los europeos tiene el gas como fuente, un tercio de este gas es ruso y un 15 por 100 de todo el gas europeo llega a través de gaseoductos que recorren Ucrania. La Comisión Europea ha decidido priorizar una política energética común que reduzca las importaciones desde Rusia e incluya el aumento de las interconexiones con la península Ibérica y el Mediterráneo. Estados Unidos ha sugerido también a Europa importar energía de América.



Miembros de unidades de autodefensa ucranianas reciben instrucción en el campo de tiro de Novi.

RESPALDO POLÍTICO Y ECONÓMICO

A largo plazo esa podría ser la solución, pero a corto y medio, los líderes europeos y de la Alianza han dejado claro que lo más importante es respaldar económica y políticamente al nuevo gobierno interino de Ucrania y dar solidez al proceso que debe culminar en unas elecciones presidenciales el próximo 25 de mayo. Crimea *de facto* ya es rusa, ahora hay que evitar nuevas crisis en Ucrania. Tanto Bruselas como Washington han aprobado una serie de sanciones económicas que pueden dañar seriamente la maltrecha economía de Moscú: han elaborado una lista negra de personas a quienes se congela bienes y se retira los visados, y que incluye al círculo más cercano a

Putin, entre ellos varios de los hombres más ricos del país. También se excluyó a Moscú del G-8 (ya denominado G-7) y la reunión de los países más poderosos del mundo del próximo mes de junio cuya sede inicial iba a ser la ciudad rusa de Sochi se ha trasladado a Bruselas.

Vladimir Putin teme —y sabe que tiene motivos— que una Ucrania con fuertes vínculos con Europa limite tanto su capacidad de maniobra estratégica como su autonomía a la hora de gestionar sus exportaciones de gas. Pero este ha sido el precio que ha pagado por su actitud y la anexión de Crimea. El pasado día 22 la UE suscribió con Ucrania el acuerdo de asociación (cuya negativa a ser suscrito por el ex presidente Yanukovic fue el detonante de las protestas del Maidan), que se consolidará después de las elecciones de mayo, y cuyo fin último es impulsar una verdadera reforma política en esa república y desterrar a toda la cleptocracia que, protegida por Moscú, ha lastrado su desarrollo durante decenios. «Ahora — indica el semanario británico *The Economist* — la clave está en saber aunar a todos los ucranianos en torno al nuevo gobierno y contrapesar las influencias rusas en la zona este del país». Y para eso es imprescindible terminar con etiquetas diferenciadoras entre los habitantes de origen ruso o ucraniano y buscar las fórmulas políticas para aglutinar a todos en un estado plural. Según una encuesta que publica esta revista y realizada a mediados de febrero en la zona rusófona de Ucrania, solo el 15 por 100 de los entrevistados en la región de Harkov y el 33 por 100 en la de Donetsk querían que Ucrania se uniera a Rusia. Esta misma encuesta celebrada

La olvidada región de Transdniester

Hasta hace unas semanas, muy pocos habían oído hablar de Transdniester. Ahora, el temor a que sea un nuevo episodio del avance nacionalista de la *Madre Rusia* ha situado en las páginas de los periódicos y las agendas de los estadistas la situación de este territorio rusófono declarado independiente de Moldavia en 1990. El movimiento reciente de tropas rusas en la frontera oriental de Ucrania llevó incluso al comandante supremo aliado en Europa (SACEUR), el general Philip Breedlove, a afirmar que era «muy preocupante».

Como ha ocurrido con Crimea, la situación en esta región es un conflicto territorial legado por la Unión Soviética. Ubicada en la ribera

izquierda del río Dniester y poblada mayoritariamente por rusófonos, está jurídicamente considerada por la comunidad internacional (incluida Rusia) como territorio de Moldavia, pero sus autoridades se autoproclamaron independientes en 1990. La realidad actual de Moldavia es, salvando las distancias, muy similar a la de su gran vecina Ucrania: ha sido campo de batalla de las incursiones hacia uno y otro lado de tres imperios (el otomano, el ruso y el de Polonia/Lituania). Ahora, sus gentes se dividen entre las simpatías hacia Bruselas o los vínculos con Moscú. La capital moldava, Chisinau, es claramente pro europea, mientras que la del Transniester, Tiraspol, se considera hija de la herencia rusa.

en esa fecha en Crimea arrojaba un resultado del 41 por 100; nada que ver con el 97 por 100 del resultado del referéndum secesionista convocado un mes después.

Sin duda, en este cambio de opinión jugó un papel fundamental la presión militar, mediática y política de Moscú (los canales de lengua ucraniana desaparecieron de la televisión crimea). También es cierto que la vinculación histórica de Crimea no existe en ningún otro sitio de Ucrania, pero, como decía en un editorial el diario *The Washington Post* «hay que asumir las lecciones aprendidas y buscar el por qué la mayoría de la población de Crimea considera que su vida será mejor si forma parte de Rusia que de una Ucrania que aspira mira a Europa y la Alianza Atlántica».

Por imposición histórica y geográfica a caballo entre Europa y Rusia, Ucrania es un país de sentimientos enfrentados entre los nacionalistas que miran al oeste y los pro rusos que se orienta al este. Unida a Moscú desde 1654, Ucrania se convirtió en república soviética en 1922 y se proclamó independiente tras el desmembramiento de la URSS en agosto de 1991. Su población es un mezcla compleja de identidades nacionales, lingüísticas, cívicas y políticas repartidas en 24 provincias, donde el único idioma oficial es el ucraniano (excepto en Crimea donde el ruso era cooficial).

Por eso, todo lo que se haga en Ucrania debe estar encaminado a aglutinar esa composición multicultural. Por ahora, los pasos están siendo los correctos. Horas después de materializada la anexión, el primer ministro provisional, Arseni Yatsenuik, dijo en ruso que «con



El presidente de Estados Unidos, Barack Obama, y el secretario general de la OTAN, Anders Fogh Rasmussen durante su encuentro el pasado día 26 en Bruselas.

el fin de preservar la unidad y la soberanía de Ucrania» el gobierno de Kiev estaba dispuesto a conceder «la máxima amplitud de poderes» a las regiones. En concreto, habló de dotar a las ciudades de derecho a tener cuerpos policiales y tomar sus propias decisiones en materia de educación y cultura, lo que incluye el respeto a la lengua rusa. Las nuevas autoridades ucranianas también han hecho todo lo posible por evitar confrontaciones —motivados sin duda por la

El reto del nuevo Gobierno ucraniano es aglutinar a los rusófonos

incuestionable superioridad militar rusa y la actitud beligerante de las unidades enviadas de forma más o menos evidente por Moscú— y facilitar la transferencia a las nuevas autoridades de Crimea. El día 23 y tras la toma de diversas instalaciones ucranianas por los militares rusos, el presidente en funciones, Olesander Turchinov, ordenó durante una sesión extraordinaria del parlamento de Kiev la retirada de las tropas ucranianas de la península del Mar Negro y dejó la puerta abierta a los militares allí destinados para que decidieran su nueva nacionalidad.

ANEXIÓN

El nacionalismo ruso esgrime que fue en Quersoneso, en las afueras de Sebastopol, donde en 1988 fue bautizado el príncipe Vladímir, llevando así el cristianismo a la Rus de Kiev, la imprecisa confederación de principados eslavos de la que deriva la identidad nacional de Rusia.

Producto de la amalgama de sentimientos nacionalistas y políticos variopintos que sacó a la luz el fin de la Unión Soviética, el Transnistrier ha estado gobernado durante más de dos décadas por el autoritario Igor Smirnov, un personaje peculiar que siempre contó con el respaldo de Moscú. No en vano, fue el general ruso Alexandr Lébed (quizás el militar más importante de la Federación Rusa en las sus primeras décadas de existencia, que llegó incluso a ser candidato presidencial en 1996) quien, en 1992, acudió al mando de una unidad del Ejército ruso para respaldar a Smirnov y hacer saber al gobierno moldavo que Moscú impediría cualquier intento de evitar la secesión de esa provincia.

En 2011, tras la muerte de Smirnov, llegó a la presidencia de Transnistrier Yevgueni Shevichuk, mucho más moderado que su antecesor. Se ha comprometido a negociar con Chisinau y ha permitido en su territorio el despliegue de una misión de la OSCE. Moscú mantiene en Transnistrier una agrupación militar formada por restos del 14 Ejército Rojo, integrada actualmente por unos mil soldados que vigilan antiguos depósitos de municiones de la URSS. Rusia se resiste a abandonar este destacamento: Transnistrier es un tapón natural entre el territorio de la Alianza Atlántica y Rusia, y una base lo suficientemente valiosa como para que Moscú renuncie a ella fácilmente.



Un grupo de ucranianos pro rusos se manifiesta portando banderas nacionalistas y símbolos ortodoxos.

¿Ideología o amenaza?

Tras la disolución de la Unión Soviética Rusia vivió unas décadas catastróficas con un importante detrimento demográfico, económico y militar que hirió profundamente el orgullo de sus gentes y desinfló el respaldo popular de sus dirigentes. La Unión Europea y la Alianza Atlántica extendían sus fronteras al mismo ritmo que Moscú perdía influencia planetaria. Pero Vladimir Putin está consiguiendo recuperar la autoestima a golpe de nacionalismo barato, arengas al pasado, maniobras económicas y control estatal. Su base ideológica, el asidero argumental para sus propios intereses, es el Euroasianismo, una corriente geopolítica elaborada por un grupo de intelectuales rusos en el exilio a principios del siglo XX. Entre ellos estaban el príncipe y lingüista Nikolai Trubetzkoy, el historiador Konstantin Chcheidze, el profesor de literatura Dimitri Mirsky y el filósofo Petr Savitsky. Surgida contra contrapeso al estalinismo, entendía la revolución rusa como una «transición necesaria» para un país que está llamado a volver a ser nacionalista, tradicionalista y el bastión de la religión ortodoxa en el mundo. Defendía que los rusos no eran europeos, y que junto con sus pueblos vecinos (eslavos, rumanos, griegos y los musulmanes del Cáucaso y Asia Central) formaban un espacio propio entre Europa y Asia, Euroasia. Consideraban el oeste soviético (incluida Ucrania) el «corazón» de este espacio (el *Heartland*), y quien lo dominara controlaría el mundo. Europa o Estados Unidos eran «islas periféricas» llamadas a depender del núcleo.

Olvidada durante decenios, la teoría ha revivido con fuerza tras la caída de la Unión Soviética. Su principal ideólogo actual es Ale-

ksandr Dugin, un carismático «pensador» metido a político y que ha visto en Vladimir Putin la encarnación del líder que su proyecto mesiánico necesitaba. Actualmente dirige el Movimiento Euroasiático (denominado hasta hace una década Partido Nacional Bolchevique), un grupo de parafernalia fascistoide e ideología *rojo/parda* (entre comunismo y nacionalista ruso). Tiene su piedra angular en el libro de Dugin «Los fundamentos de la geopolítica» donde plantea un liderazgo mundial de Moscú que pasa por una alianza estra-

El Euroasianismo afirma que Rusia volverá a ser un gran imperio

tégica con Irán, Turquía y los países árabes de Oriente Próximo. Dugin fue expulsado en 2007 de Ucrania por hacer campaña a favor de la secesión de Crimea, al año siguiente anunció en Osetia que los blindados rusos intervendrían en Georgia para defender la «etnia rusa» (y ocurrió meses después) y en julio de 2013 pronunció un acalorado discurso en Transnistria arengando a sus ciudadanos a unirse a Rusia. Los alegatos a la patria y el poderío de la «nación rusa» son una constante en todos sus manifiestos.

No hay pruebas constatadas de su relación directa con Putin, pero los seguidores de

Dugin siempre han mostrado su respaldo al actual presidente. Tampoco parece casual que el proyecto político y económico lanzado por Putin para sustituir a la Comunidad de Estados Independientes (CEI), surgida tras la URSS para aglutinar a las repúblicas ex soviéticas, tenga precisamente el nombre de Unión Euroasiática. Prevista para forjarse en 2015, la Unión además de Rusia incluiría a Bielorrusia, Kazajistán (que ya han mostrado su interés en formar parte) y otras repúblicas de Asia Central aún indecisas. Ucrania era la gran apuesta de Moscú para integrarse en ella, algo que ya parece definitivamente descartado. Según algunos analistas lo ocurrido en Crimea puede despertar más recelos que simpatías entre sus vecinos.

No obstante, tampoco faltan los teóricos —entre ellos, el prestigioso periodista y experto en Rusia Nathan Gardels— que afirman que el sentimiento nacionalista está ganando adeptos en toda la Federación Rusa en los últimos años. Dos de los pensadores rusos mejor considerados por Occidente mostraron en los últimos años de su vida (ambos fallecieron durante la primera década del siglo XXI) sus simpatías por el Euroasianismo: el escritor e historiador Aleksandr Solzhenitsyn, uno de los exiliados soviéticos más notables; y el ex presidente Mijail Gorvachov. Quizás solo sea una ideología de añoranza pero las ansias de recuperar el imperio perdido son, cuando menos, preocupantes. Y un dato a destacar: la popularidad de Vladimir Putin crece a un ritmo trepidante: antes de la anexión de Crimea, las encuestas señalaban un abrumador respaldo popular superior al 70 por 100. Ahora, seguro que es bastante mayor.

Las autoridades de Kiev pidieron a los militares destinados en Crimea que abandonaran las bases pacíficamente

La península del Mar Negro estuvo dominada por tribus turcas y tártaras durante quinientos años, pero después de su anexión por parte de la emperatriz Catalina la Grande en 1783, los rusos volvieron a cristianizarla.

Crimea fue el lugar predilecto de Catalina —a la emperatriz le gustaba referirse a la península por su nombre griego, Táuride, más que como Krym, el tártaro— y quiso compartir las delicias de esta tierras con su nobleza: instaló allí la Flota del Mar Negro e instauró una élite rusa, una nobleza que controlaba militar, política y económicamente la península.

Desde entonces, Moscú ha considerado a Crimea una parte fundamental de su territorio. En 1854, el zar Nicolás I definía a esta península como la frontera natural entre el mundo cristiano y el musulmán. Para él, Rusia era el baluarte del cristianismo en esa zona del mundo y su creencia ortodoxa la elegida para frenar a los «herejes» en su avance por Europa.

Así fue como justificó la invasión de los Balcanes controlados por los turcos —en lo que fue el primer paso de la Guerra de Crimea— para liberar a los serbios y los búlgaros del dominio otomano y ganar Constantinopla para la causa ortodoxa. Los británicos y franceses acudieron en socorro del Imperio Otomano. Rusia perdió la guerra pero mantuvo Crimea y su orgullo intacto. Pero un siglo después, en 1954, el líder soviético Nikita Jruschov regaló Crimea a su homólogo y entonces subordinado presidente ucraniano.

Los acontecimientos que han llevado a la anexión de Crimea se han sucedido a un ritmo vertiginoso, difícil de entender y aún más de asimilar. Todo comenzó hace apenas unas semanas cuando la presión de Vladimir Putin sobre su hombre de confianza, el ex presidente de Ucrania Yanukovich, consiguió que Kiev no firmara el acuerdo de aso-

ciación con la Unión Europea. Fue el detonante que aglutinó a la oposición para movilizarse en la plaza de Maidan y generar una revuelta que obligó a Yakunovich a abandonar el poder. El 24 de febrero, el presidente pro ruso huía en helicóptero hacia Moscú y el Parlamento ucraniano designaba un

to en la capital, Sinféropol, destituyó al gobierno legítimo y nombró a un nuevo presidente, Serguéi Axiónov, un *delfín* de Putin que lo primero que hizo fue aprobar una declaración de independencia y convocar un referéndum para «legitimar» la anexión a Moscú.

Según una ley de 2001, Rusia puede incrementar sus dimensiones mediante la incorporación de Estados o territorios con la firma de un acuerdo bilateral. Según esta norma (contraria a cualquier legislación internacional), si Crimea se independizaba de Ucrania podría decidir unirse a Rusia.

Los resultados del referéndum del 16 de marzo fueron apabullantes: el 96,77 por 100 de los votantes se pronunciaron a favor de la incorporación a Rusia. Cuarenta y ocho horas después y mientras en la península se vivían momentos de tensión tras la toma por militares rusos de las bases ucranianas, Vladimir Putin y una delegación de las nuevas autoridades crimneas firmaban en Moscú el documento de anexión por el que la península se anexionaba a la Federación Rusa.

La integración plena será efectiva el 1 de enero de 2015. Quedan miles de escollos por resolver y cuestiones que solventar, sobre todo el futuro de aquellos ciudadanos (destaca la minoría tártara, casi un 12 por 100 de la población de Crimea y que nunca ha gozado de las simpatías de Moscú) que no desean ser rusos. En tres meses como máximo, todos los habitantes de Crimea tendrán pasaporte ruso y aquellos que no lo deseen deberán renunciar expresamente a él. El rublo se ha convertido en la moneda oficial y los funcionarios ya lo son del gobierno de Moscú. Y la Flota del Mar Negro, todas sus bases y navíos, tienen ya en sus mástiles ondeando la bandera rusa.

Rosa Ruiz



Tropas ucranianas con la bandera de su país abandonan Sebastopol el pasado 28 de marzo.

nuevo Gobierno interino que desde el primer momento mostró sus simpatías por Europa.

Moscú parecía el gran perdedor pero la partida acababa de empezar. Un ejército anónimo, sin identificación ni bandera pero con equipación y lengua claramente rusa, se desplegó en la península de Crimea aupado y respaldado por milicias populares pro rusas (se calcula que sus fuerzas totales eran de unos 30.000 efectivos). El 4 de marzo, una de estas milicias tomó el parlamen-

TIERRA DE PASO

Ucrania ha sido el escenario natural de conquistas y anexiones que dividen el país entre la parte pro rusa al este, y el oeste más afín a Europa. El 15 por 100 del gas ruso que llega a Europa pasa por territorio ucraniano.



- Base aérea
- Base mecanizada
- Base de cazas
- Unidades de montaña
- Base de helicópteros
- Gasoductos



FUERZAS ARMADAS UCRANIANAS

EFFECTIVOS HUMANOS TOTALES: 129.950 (a principios de marzo de 2014; en la actualidad las bases de Crimea han sido anexionadas a Rusia y parte de su personal ha jurado fidelidad a Moscú).

EJÉRCITO DE TIERRA

(incluye Infantería de Marina)

- **Efectivos humanos:** 73.750
- **Carros de combate:** 1.164 T-64
- **Vehículos de combate de infantería:** 1.657
- **Blindados de transporte de personal:** 770
- **Piezas de artillería:** 2.170
- **Helicópteros de ataque:** 139 Mi-24

FUERZA AÉREA

- **Interceptores:** 190 (140 Mig-29 Fulcrum y 50 Su-27 Flanker)
- **Polivalentes:** 36 Su-24 Fencer
- **Cazabombarderos:** 36 Su-25 Frogfoot

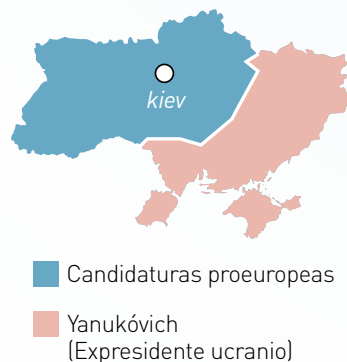
DEFENSA AÉREA

- **Misiles tierra-aire:** S-300PS (SA-10b Grumble); 9K37M Buk-M1 (SA-11 Gadfly)

LENGUA MÁS USADA

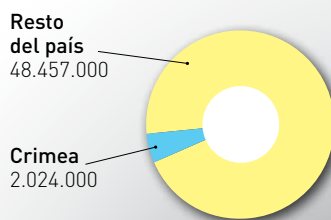


DIVISIÓN POLÍTICA ELECCIONES 2010

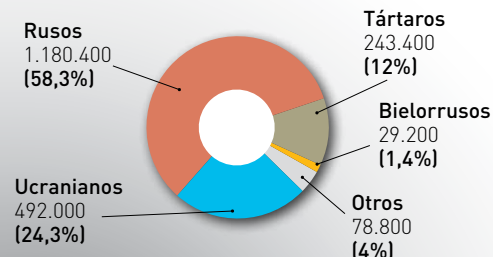


Los rusófonos son claramente partidarios del ex presidente Yanukovich.

POBLACIÓN DE UCRANIA



POBLACIÓN DE CRIMEA



#Territorios exsoviéticos en los que ha intervenido Rusia



En 2008, el entonces presidente ruso, Dimitri Medvedev, fue el único mandatario en reconocer la independencia de Abjasia y Osetia del Sur de Georgia. Tropas rusas ayudaron a los secesionistas.



#La perla del mar Negro

La piedra angular, el detonante que convierte a Crimea en una joya por todos deseada es su estratégica ubicación en el Mar Negro. En diciembre de 1991, unas recién nacidas Federación Rusa y República de Ucrania decidieron compartir como «buenas herederas» el importante arsenal ubicado en Crimea. En un primer momento se decidió que los dos países compartieran el mando de la Flota y que, a partir del siglo XXI, se dividiera entre ambos al 50 por 100. Sin embargo, un acuerdo suscrito en 1995 acordó que Moscú se quedaría con el 81,7 por 100 de la Flota y Ucrania con el 18,3 restante. Además, también se acordó que las fuerzas de Rusia y Ucrania en la península tendrían emplazamientos separados y que la base principal de la Flota del Mar Negro de la Federación Rusa (FMNFR) se situara en la ciudad de Sebastopol. Dos años después, en 1997, un nuevo tratado que completaba el anterior determinaba que Ucrania alquilaba a Rusia la base de Sebastopol y tres bahías por un periodo de 20 años y un coste de 100 millones de dólares que serían deducidos de la deuda ucraniana.



FLOTA DEL MAR NEGRO

[hasta marzo de 2014 el 80 por 100 pertenecía a Rusia y el resto a Ucrania]

■ FUERZAS NAVALES

- Efectivos humanos: 35.000
- Portahelicópteros: 1
- Otros buques mayores: 30
- Buques menores: 216
- Submarinos: 20

■ AVIACIÓN NAVAL

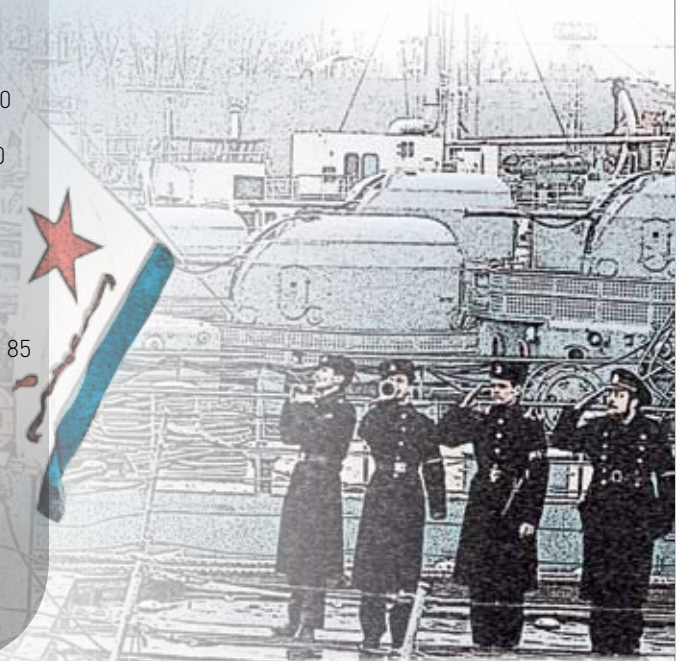
- Efectivos humanos: 4.900
- Aviones de combate: 241
- Helicópteros de combate: 85

■ INFANTERÍA NAVAL

- Efectivos humanos: 2.000
- Blindados: 200
- Piezas de artillería: 47

■ DEFENSA COSTERA:

- Efectivos humanos: 1.900
- Carros de combate: 210
- Piezas de artillería: 300



Países que pertenecen a la OTAN

▶ 1989



▶ 2014



Desde 1999, los miembros del antiguo Pacto de Varsovia se han ido incorporando a la OTAN tras consolidar sus procesos democráticos y solicitar su admisión en esta Alianza. Polonia, Hungría y la República Checa fueron los primeros. Les siguieron en 2004 Estonia, Letonia, Lituania, Rumanía, Bulgaria y Eslovenia. Los últimos han sido, en 2009, Albania y Croacia.